



UN SOLO
CUERPO

Hna. Emma Amelia Pinel de Sosa

Editorial PROMUNA

Apartado Postal 30
La Lima, Cortés
Honduras, Centro América
tel: (504) 668-2132
fax☎(504) 668-8031
e-mail: promuna@muna.hn

IMPRESIONES ALFA

La Lima, Cortés
Honduras, Centro América
telfax: (504) 668-1495
e-mail: alfalalima06@yahoo.com

Portada: Elías Rodríguez
Diagramación: Elías Rodríguez &
Jorge Garay

UN SOLO CUERPO

¡Que alegría cuando descubrí la existencia del Cuerpo de Cristo! Por muchos años, antes de encontrarme con Jesucristo, el concepto del Cuerpo del Señor, era desconocido para mí. Yo concebía la iglesia como un lugar físico o templo, al que uno debía asistir obligatoriamente, me habían dicho que existía uno de los diez mandamientos que hablaba de: “Santificar los domingos y las fiestas de guardar”. Era una disciplina, hacerlo me ayudaba a acallar la conciencia por un rato. Sobre todo, en días de celebraciones en nuestro medio, como “día de la madre”, “viernes santo”, “domingo de ramos” o “domingo de resurrección”, me sentía

inspirada para ir.

Cuando encontré a Jesucristo como el Salvador de mi alma, supe de la existencia de un pueblo, que al igual que yo, había sido lavado por la sangre del Cordero; comencé a anhelar esas reuniones, no como una obligación, sino como un gozo. Fue entonces que comencé a leer la Biblia, la Palabra inspirada por Dios para Su pueblo. Me deleitaba largas horas en escudriñar la Palabra; buscaba y rebuscaba, tenía hambre y sed de Dios y Su Palabra. Era como si un arca llena de tesoros se hubiera abierto delante de mis ojos, y me preguntaba ¿Dónde estaba esto, que yo no lo había descubierto? Entré en lo que quizás llamaríamos “El primer amor”. No quería perderme ni una sola reunión; viajaba de día o de noche, varios kilómetros, dos o tres veces por

semana, con mis hijos, entre ellos una bebé, que por su corta edad era un tanto inquieta; para estar en la reunión con mis hermanos, y los domingos, aun dos veces al día.

Es un misterio hermoso, ¡Cómo Jesucristo nos injertó en una familia! Realmente, los miembros de nuestra familia son los que “hacen la voluntad del Padre” (Mateo 3:35). Estamos entretejidos en Él, y ciertamente esos lazos son indestructibles y eternos, porque perduran aun después de la muerte física, ya que es la Vida Eterna la que nos ha unido.

Allá en el cielo, cuando ya no existan los parentescos ni relaciones familiares naturales, sólo permanecerán los vínculos del amor perfecto del Señor amalgamando a los que hayan obedecido la voluntad del Padre (Marcos 12:20-25). Anhelamos

esa familia que Dios nos ha dado, por el poder de la sangre de Su Hijo, que nos ha recuperado para Sí, y nos ha injertado en la Vid verdadera (Jesucristo mismo); esta familia nos acoge, nos acepta, nos anima, nos sustenta espiritualmente.

IDEAL VRS. REALIDAD

En la medida que conocía más el contenido de la Palabra, y que descubría más características humanas (errores, debilidades e imperfecciones) en los líderes y hermanos en general, más alejada miraba la condición actual y real de la iglesia, en relación a lo enseñado por Jesús; me percaté de ¡Cuan imperfecta era mi familia, pero seguía siendo mi familia! En lo natural, casi siempre hay “una oveja negra” en la

familia, pero ese miembro, sigue siendo parte de la familia, aunque no nos guste mucho reconocerlo. Lo cierto es que estar dentro de la familia nos da protección y seguridad, a pesar de que las condiciones estén lejos de ser ideales. En el Arca de Noé había pestilencia, incomodidad, ruido y todo; pero era mejor estar dentro del Arca que fuera de ella. Afuera había destrucción, adentro había salvación.

Necesitamos entender algo: El llamamiento de Dios no está en relación directa con la madurez; debemos aprender a separar una cosa de la otra para no entrar en juicio, para que lo uno no interfiera con lo otro en nuestra apreciación. Es necesario expresar que la palabra "ungido" significa enviado por Dios para...

Cuando Jesucristo murió y bajó a ultratumba, llevó cautiva la cautividad,

venció el pecado y la muerte, arrebató a Satanás las llaves del Hades; subió y tomó dones para darlos a los hombres, pero también a los rebeldes (Salmos 68:18, Efesios 4:8).

Alguien puede moverse en dones, pero ser rebelde en su corazón, estar muy herido y no desear perdonar; negarse a fluir con la naturaleza de Jesucristo, que es misericordia y amor. Tales personas llevan raíces de amargura en su corazón; cuando una de ellas brota, contamina al cuerpo (Hebreos 12:15).

Deseo agregar sin embargo, que la voluntad perfecta de Dios es que procuremos la paz con todos y la santidad (sin la cual nadie verá al Señor) (Hebreos 12:14). Si un cristiano es ungido(a), y Dios le usa para bendecir a otros, a pesar de su inmadurez o falta de sanidad interior,

¡Cuanto más glorioso sería si estuviera restaurado y anduviera en amor, en integridad y en santidad!

Expresándolo de una manera más gráfica diríamos que una tubería que conduce agua, puede ser de barro cocido, de hierro galvanizado, de P.V.C. o de cualquier material; lo importante es que el agua que conduzca esté limpia. Sin embargo, si la tubería es de cristal transparente y limpio, diremos con absoluta seguridad, que las personas preferirían beber de esta, ya que pueden apreciar desde afuera, la condición del agua.

Muchos creyentes al ver los errores de los hombres en la iglesia, lo que han hecho es salirse y rechazar al cuerpo; aislarse y crear un mundo espiritual a su manera, “Dios y uno, uno y Dios”. El concepto de Cuerpo no

está de acuerdo con esta relación unilateral. La única manera como el amor es madurado y perfeccionado en nosotros, es en medio del Cuerpo. El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado (Romanos 5:5), pero si el amor no es expresado, si no es manifestado a nuestro prójimo, si no convivimos con los hermanos, de poco sirve esa fuente de amor en nosotros.

Nuestro objetivo como cristianos, tiene que ser, correr hacia la meta; llegar a la medida de la estatura del varón perfecto: Jesucristo.

Si somos sabios y nos disponemos a perdonar inmediatamente, desde lo profundo de nuestro corazón, por cualquier daño recibido; esta dura experiencia nos traerá enseñanza y edificación. Pero si no nos decidimos

inmediatamente a perdonar, si dejamos pasar el tiempo; como una reacción casi instintiva causada por el dolor de haber sido heridos, dañados o rechazados; comenzaremos a aislarnos, a sentirnos diferentes, especiales, mejores y más espirituales que aquellos que nos dañaron.

El adversario toma ventaja de la puerta abierta del "orgullo", para hacernos creer que ya somos lo suficientemente maduros, para no necesitar del Cuerpo; que no tenemos porque someternos a un pastor o líder, ni a nadie más dentro del cuerpo; que tenemos al Espíritu Santo y esto basta para vivir una vida espiritual. Olvidamos fácilmente que Dios nos hizo como seres sociales, integrados, necesitados unos de otros para ir creciendo en amor. El amor está por encima de la revelación y

conocimiento.

Cuando Jesús se retorció de dolor, con sus palmas traspasadas por los clavos, su cabeza coronada con espinas, sus pies clavados al madero, había una sola visión: obedecer al Padre, terminar la obra, porque si Él llegaba hasta el final, Él dejaría de ser “el Unigénito” para pasar a ser “el Primogénito” y nosotros Sus hermanos. Cuando Él dijo: ¡Consumado es! fuimos reconciliados con el Padre a través de la sangre del Hijo, derramada por nosotros.

No existe un cristianismo vertical solamente; nadie puede decir que ama a Dios si aborrece a su hermano (capítulo 3 de la primera carta de Juan).

El Espíritu Santo nos ha bautizado en un solo Cuerpo (1 Corintios 12:13); somos el Cuerpo de Cristo (Romanos

12:5), cada uno de nosotros, los que fuimos injertados, somos miembros cada uno en particular, con una función necesaria, que debe ser desarrollada; Jesucristo es la Cabeza. Lo más importante que necesitamos entender es que la naturaleza del Cuerpo debe de ser la misma que la de la Cabeza: el amor. La Cabeza no hace nada sin el Cuerpo, pero el Cuerpo no puede subsistir sin la Cabeza.

El adversario reconoce la protección que existe dentro del Cuerpo local, por eso trata de aislar a los hijos de Dios, dividirlos, separarlos unos de otros, porque entonces serán presa fácil para engañarlos, atormentarlos, golpearlos, envanecerlos o provocar celos y envidias y toda obra de la carne, que se opone al fruto del Espíritu (la

naturaleza de Jesús).

La Biblia nos habla del mutuo sometimiento en amor de los unos hacia los otros (Efesios 5:21); la naturaleza carnal no desea someterse, la carne siempre desea gobernar, salirse con la suya, tener la razón en todo, busca su propia complacencia, aun a costa de los demás. La carne no acepta que los demás tengan razón o que hagan algo bueno, "sólo lo que yo hago", o "sólo mis ideas, son buenas y correctas". En el sometimiento por amor, necesitamos reconocer que nos equivocamos, que fallamos y que los demás tienen muchas cosas buenas, que podemos aprender y recibir de ellos, sin importar su condición cultural, social o económica.

Una razón bíblica y muy importante para congregarnos dentro de un

cuerpo local, es para exhortarnos unos a otros (Hebreos 10:25); recibir y aceptar la exhortación es una buena oportunidad que el Señor nos brinda para que crezcamos y seamos edificados en amor (Efesios 4:16).

Ser espiritual es andar en amor; andar en amor es someternos a los demás en el temor (amor y respeto) del Señor. Andar en amor es reconocer la capacidad de Dios en otras vidas, es ver la obra de Cristo en ellos y no sus faltas o debilidades; es dar la vida por los demás, aunque nuestra carne opine que “esa persona no vale la pena”. Si Jesucristo se hubiera fijado en lo que éramos, sabría con certeza que no valía la pena ir a la cruz por nosotros; pero Él miró lo que seríamos en Él, vio la eternidad del Padre y Su obra consumada, por eso lo hizo, por amor.

El Espíritu Santo es el que da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios (Romanos 8:16); pero nadie tiene la autoridad para juzgar, ni siquiera en su corazón, que otros no lo sean. Y si acaso nosotros fuéramos privilegiados por haber recibido más visión o revelación en algunas áreas, que eso nos convierte en más responsables, y además al sentirnos orgullosos o “especiales” por serlo, seríamos automáticamente descalificados; porque “Dios mira de lejos al altivo” (Salmos 138:6).

Es importante recordar que fue el orgullo, la altivez, la vanagloria, lo que hizo a Luzbel ser derribado del cielo y de su posición de adorador (Ezequiel 28:11-19).

Ese sentimiento de superioridad espiritual, nos ha hecho menospreciar a las iglesias que hemos considerado

denominacionales, muertas, legalistas, tradicionales o conservadoras. Sería precioso poder apreciar lo que hay de Dios en cada congregación, tomarlo, recibirlo, ser edificado en ello; sin juzgar conforme a nuestro limitado criterio, el cual es sin duda muy carente de la misericordia y justicia de Dios. Los juicios de Dios son siempre en misericordia y verdad, no así los del hombre. ¡Que nuestra mente llegue a ser verdaderamente la mente de Cristo, y nuestro corazón, conforme al corazón de Dios, para que sea Su naturaleza discerniendo en base al amor, a la misericordia, a la verdad!

En cierta ocasión fui invitada a compartir con el liderazgo de una congregación que estaba en pleno avivamiento, dentro de la línea “del Espíritu”. La reunión comenzó con danza, embriaguez; las personas

rodaban por el piso, otras vomitaban, otras daban vueltas y vueltas, hasta caer. Yo estaba observando, y antes de expresar algo, aún dentro de mi corazón, vino la voz del Espíritu Santo que me dijo: "No te permito juzgar". Eso fue más que suficiente para aceptar con paz lo que estaba ocurriendo en aquel lugar. Ahora puedo darme cuenta que las vidas son del Señor y que Él tiene cuidado de ellas, y así como nosotros en lo natural, dejamos a nuestros niños, cuando son bebés, que se embarren de comida o de sorbete, porque no tienen edad necesaria para controlar ciertos movimientos... así es el Señor con Sus bebés espirituales; y si alguien fuera responsable, no seríamos nosotros, sino los pastores que Dios mismo ha constituido en cada rebaño (Hebreos 13:17).

EL LLAMAMIENTO SANTO

Estamos en el tiempo de la restauración de todas las cosas, como los profetas han anunciado desde hace mucho tiempo (Hechos 3:20-21). La iglesia o el Cuerpo de Cristo no es una excepción. El Espíritu Santo está dispuesto a guiarnos a toda verdad, el Nuevo Pacto habla de conocer a Dios como Él es; nos dice que nadie puede hacernos conocer a Dios a través de su propia experiencia o enseñanza, sino que necesitamos vivirlo, experimentarlo, conocerlo, amarlo; no sólo conocer a Dios intelectualmente, sino vivir Su Vida.

El ha prometido que Su Palabra y Sus leyes, Su propia naturaleza y carácter estarán en nuestras mentes y en nuestros corazones; eso es restauración (Jeremías 31:31-34).

Si creemos que esta Palabra es fiel

y verdadera, no debemos temer; somos ovejas de Su prado, oímos Su voz y le seguimos, seguimos Su Palabra, sobre todo la Biblia, que es la Palabra profética más segura (Juan 10:14-16, 2 Pedro 1:19-21). Como ovejas que somos, estamos llamados a andar en rebaño, estar en la majada, en el redil; esto nos protege del lobo.

El llamamiento Santo de Dios no es a desechar, sino a restaurar. Cuando encontramos algo (o alguien) que no nos parece bien, o que no está de acuerdo con las expectativas de Dios, conforme a Su Santa Palabra; somos llamados para restaurar primeramente mediante la oración intercesora, y luego a través de la exhortación en amor.

El propósito de Dios es derramar Su Vida, Su Unción, Su presencia en medio del Cuerpo, donde sometidos

unos a otros en amor, somos ministrados mutuamente conforme al don de Dios, al ministerio u operación (1 Corintios 12:4-6), para que toda la naturaleza de la Cabeza se exprese a través del Cuerpo, sin limitantes, con libertad del Espíritu Santo.

En cada célula del cuerpo humano hay sangre, por lo tanto hay vida; si están dos células unidas en un mismo tejido, allí hay vida. Pero la vida funcionando, el propósito de la vida y de la sangre al irrigar las células, se manifiesta cuando están todas las células funcionando y operando en su ubicación. Dos células suspendidas en un medio adecuado, dentro de un tubo de ensayo, no producen un efecto vivificante, aunque estén vivas.

El propósito de Dios al habernos salvado y reconciliado con el Padre es que seamos “espíritus vivificantes”, no

sólo “almas vivientes” (1 Corintios 15:45).

El Salmo 133 habla claramente del propósito de Dios, que los hermanos estén juntos y en armonía, para poder El enviar Su bendición y Su vida eterna; este acto de estar unidos en Cuerpo, lo compara el Señor con el buen óleo o aceite usado para la unción sacerdotal, el mismo que Él derramó sobre la cabeza, el rostro y las vestiduras de Aarón (tipo del Sumo Sacerdote Jesucristo).

EL MISTERIO DEL CUERPO

No podemos explicar racionalmente como funciona el misterio del Cuerpo, pero lo cierto es que lo que ocurre a un miembro, repercute en todos los miembros, para bien o para mal. Todo lo que el

cristiano hace o deja de hacer, tiene efecto sobre el resto de los miembros. Si el hígado se paraliza, esto afecta las funciones de todo el organismo.

Recordemos cuando el pueblo de Israel, al mando de Josué, estaba siendo derrotado por los amorreos; por causa de un anatema que estaba entre ellos. Acán había tomado un manto de Babilonia, tenía dinero y un lingote de oro, que no debió haber tocado. La desobediencia de un hombre, afectó a todo un pueblo (Josué capítulo 7).

Cuando un miembro del Cuerpo practica pecado, esto es una puerta abierta al enemigo para todo el Cuerpo; porque el pecado de uno afecta a todo aquel que está acoyuntado con él. De la misma manera, cuando una persona se santifica, cuando obedece, atrae

bendición espiritual a todo el Cuerpo.

Este organismo, llamado Cuerpo de Cristo, es una cobertura de amor, nos asegura la oración intercesora, es como una red muy bien entrelazada, que impide la agresión de espíritus y nos protege contra el error y el orgullo.

LOS ULTIMOS TIEMPOS

Creemos que en este postrer tiempo, en esta época gloriosa que nos está tocando vivir; Dios se manifestará como nunca a Su pueblo, llenando Su casa de Su gloria; Su gloria es Su naturaleza en el corazón de Sus hijos. Al hablar de Su carácter, hablamos del amor, la humildad, el gozo... o sea el Reino de los cielos establecido en el corazón del hombre: Justicia, paz y gozo en el Espíritu (Romanos 14:17).

Creemos que Dios está llamándonos a ser un ejemplo, un modelo de Su querer, de Su propósito, de Su voluntad para los creyentes en el Cuerpo. Que Su iglesia sea la gloriosa, blanca, pura, sin mancha, sin arruga. Que dejemos al Espíritu Santo dirigir, señorear; para ello necesitamos menguar y que Él crezca. Necesitamos desaparecer nosotros y que sólo Él sea visto.

El Señor va a ser manifestado a Su Cuerpo, no a individuos aislados. A nivel personal podemos tener revelaciones de Dios, Su naturaleza ser vista en cada uno de nosotros; pero el peso y poder de Su gloria, es para ser admirada en todos Sus santos. Su gloria va a ser vista en medio de Su pueblo, no a nivel personal. ¿Sabe por qué? porque ninguno de nosotros es lo

suficientemente humilde como para soportar el peso de toda la gloria de Dios, sin llenarse de vanagloria. Es por eso que nadie es dueño de la verdad, sino que la Verdad nos posee a nosotros.

Hay una Palabra profética en el libro de Joel, capítulo dos, cuyo cumplimiento es ¡ahora! Esta Palabra habla de ese gran ejército, del pueblo grande y fuerte, en el cual, cada quien respeta a su compañero y no estrecha su camino. Este libro nos habla de la restauración de la iglesia del Señor; habla de la restitución, lo que comió la oruga, el saltón y el revoltón; habla del derramamiento de la lluvia temprana y tardía a la tierra (el corazón del hombre). La restauración se manifiesta en el hecho de que las eras se llenarán de trigo (Palabra que sustenta), los lagares rebosarán de

vino y aceite (amor, gozo, unción). Lo más hermoso, es que hasta que esto ocurra; después de esta restauración en unidad, será el derramamiento de Su Espíritu sobre toda carne (Joel 2:28).

Cuando Jesús ascendió para pedir al Padre que enviara al “Consolador”; los discípulos esperaron, reunidos, en oración, unánimes, juntos, creyendo lo mismo; hasta entonces descendió el Espíritu Santo sobre ellos.

Hemos clamado por otro gran derramamiento del Espíritu Santo sobre Su pueblo, esto sólo ocurrirá en restauración, en unidad, respetándonos, aceptándonos en amor. Esa es la premisa, para recibir la promesa.

Somos muchos y sin embargo, somos un solo cuerpo.

***“Guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros”
(Juan 17:11).***